

Rodolfo Walsh, fiscal del vandorismo:

la denuncia del tiroteo de Avellaneda en el Semanario CGT

Celina Fernanda Ballón Patti¹

Resumen

Nuestro trabajo se propone analizar la polémica en torno al tiroteo de La Real de Avellaneda tal como ésta se plasmó en las páginas del Semanario CGT. Nuestro marco teórico se inscribe dentro del análisis del discurso y reconoce como principales referentes la obra de los canadienses Marc Angenot y Dominique Garand. Consideramos que el análisis de dicha polémica constituye un aporte al estudio de un período histórico caracterizado por la lucha en torno a la definición de la identidad peronista. La temporalidad del discurso – Walsh escribe dos años después de los hechos, y recibe una respuesta un año después de la publicación de los artículos- contribuye asimismo al interés teórico de su estudio.

¹ Licenciada en Sociología. Maestranda en Comunicación y Cultura. Doctoranda en Ciencias Sociales.

Rodolfo Walsh, fiscal del vandorismo:

la denuncia del tiroteo de Avellaneda en el Semanario CGT

Introducción

Son varias las razones por las que consideramos que la polémica entablada por Walsh reviste un especial interés. En primer lugar, una particular relación con la temporalidad, que le impone – desde sus inicios – el desafío de demostrar su relevancia. En “*Etats du polemique*” Dominique Garand advierte que el tiempo de la respuesta es un factor importante en la polémica, ya que una respuesta deja de ser pertinente si no se produce en un lapso de tiempo determinado. Entre los hechos de La Real y la denuncia de Walsh han pasado dos años. La prensa masiva – a excepción del semanario Primera Plana- ya no se ocupa del tema y el proceso judicial no ha encontrado culpables. En la primera nota del semanario, Walsh admite, ya desde uno de los subtítulos de la primera nota – *Recordatorio* - que en el caso que va a tratar se cumple aquello que advierte Garand: los adversarios se han beneficiado con el olvido del daño que se les imputa. “El asombro, la indignación, las versiones, los alegatos, se diluyeron a lo largo de las semanas, los meses. Hoy son pocos, fuera de Avellaneda, los que se acuerdan de la muerte de Rosendo García. Casi nadie de Domingo Blajaquis y Juan Zalazar, sepultados oscuramente, sin carrozas, sin discursos, sin más compañías que los familiares y unos pocos fieles” (Walsh: 1968a: 2). Podría decirse que, al momento en que Walsh inicia la polémica, se verifica un amargo diagnóstico que el autor hizo en su momento con los fusilamientos de Suárez: “Este caso está muerto”. Sin embargo, los asesinatos de 1966 fueron en su momento ampliamente cubiertos por los medios de prensa masivos. ¿Por qué esperar dos años para producir una polémica en torno a estos hechos?

Creemos que la respuesta a este interrogante se encuentra en los cambios en la configuración del campo discursivo. La creación de la CGT de los Argentinos le brinda a Walsh un marco institucional que posibilita la toma de la palabra. Garand señala que para poder tomar la palabra y solicitar la atención del interlocutor, el enunciador debe estar autorizado: la falta de respaldo de dicha autoridad lo obliga a realizar un esfuerzo doble: construir dicha autoridad y hacerla reconocer. En el caso de Walsh, la autoridad se funda en el hecho de ser mandatario de la CGT de los Argentinos, cuyo periódico dirige. Así resumiría el escritor el fundamento de su autoridad años más tarde: “los trabajadores argentinos se daban en la CGT rebelde y ellos me daban a mí la oportunidad de poner mi instrumento a su servicio” (La Opinión Cultural: 1972:7)

La tarea de constituirse en portavoz no estuvo exenta de tensiones. Así lo recuerda el Indio Allende, un trabajador gráfico que compartió la militancia con Walsh en la central combativa: “¿Vos leíste esa obra ‘Un kilo de oro’? Bueno, imagínate que sea durísimamente criticada por nosotros. Entonces cuando él quiere sacar su publicación sobre lo de La Real – toma aire y habla como si volviera a hablarle a Walsh- : No te zarpés, no te vengás a hacer el pelotudo, que esta obra tiene que ser dirigida a nuestra gente, flaco, si no no te vamos a dar los datos” (Arrosagaray: 2005: 67). La dificultad de constituirse en portavoz de los militantes obreros debe leerse en un panorama más amplio: el de las tensiones que atravesaban el vínculo entre los intelectuales y los sectores subalternos. El testimonio de Allende resulta revelador: “Con la película Operación Masacre se vio eso bien con los intelectuales. Los intelectuales, los universitarios, se quejaban porque era una película lenta y que se yo; y Villaflor estaba ahí y entonces les dice (...): Compañeros, entiendan bien, esta no es una película para ustedes, es para los obreros. (...) Como diciendo: ¡den gracias que los dejamos entrar a ver la película, porque la verdad es que tenemos ganas de cagarlos a fierrazos! (Arrosagaray: 2005: 67).

La cuestión del *ethos* resulta, por lo tanto, de primer orden en el análisis de esta polémica. ¿Cómo construir un *ethos* del enunciador que responda a las expectativas de los destinatarios del discurso cuando el vínculo entre el portavoz y sus representantes está atravesado por la desconfianza? Las condiciones de producción del texto polémico son sin duda uno de los factores que contribuyen a su interés analítico.

¿Qué entendemos por polémica? Marco teórico y proposiciones metodológicas

Entendemos que la polémica que nos ocupa está compuesta por un corpus de siete notas consecutivas publicadas desde el número 3 hasta el número nueve del Semanario CGT, más una nota publicada un año más tarde en el número 45, que obra como epílogo.

Nuestro marco teórico se fundamenta en las conceptualizaciones de Dominique Garand. Así describe el teórico canadiense al relato constitutivo de la enunciación polémica:

“En el relato polémico, el malestar experimentado por el Sujeto está asociado a un Daño: algo que no debería suceder. Este daño crea víctimas (el locutor o el grupo que lo incluye o no) y tiene un origen: persona, ideología, religión, etc, que es necesario identificar en vistas de una reparación. El texto polémico busca identificar el daño, hacerlo reconocer en tanto tal, señalar sus fuentes, proponer soluciones (que van desde la eliminación de la fuente a su descrédito)” (Garand: 1998: 222).

El relato polémico comporta tres actantes fundamentales: el Sujeto, el Blanco a quien se imputa el Daño y el Tercero o Árbitro en quien se deposita la ejecución de la Ley (entendida como la Referencia, que es en sí misma objeto de disputa). En estas conceptualizaciones encontramos nuestras primeras dimensiones de análisis. ¿Quién es el blanco de la polémica? ¿Cuál es el daño que se le imputa? ¿Qué clase de reparación se le exige? ¿Cuál es el Tercero que está llamado a zanjar la disputa? ¿Cuál es la referencia que está en entredicho? El interés de la polémica que nos ocupa radica, también, en la complejidad de las respuestas a estos interrogantes.

Reescribiendo la crónica: Qué, quién, dónde, cuándo y cómo.

La serie de notas de la polémica comienza con una interpelación en la tapa del semanario: “Vandor, ¿quién mató a Rosendo García?” El texto comienza identificando un blanco y nombrando un daño. Se trata de un inicio potente, que se refuerza con la foto de García en el ataúd. Entendemos la brusquedad del inicio como la respuesta a dos objetivos de cuyo logro depende el nacimiento mismo de este relato polémico: presentificar un hecho del pasado y romper el silencio acerca de sus causas. En este sentido, la foto de García en el ataúd – abierto- connota una significación importante: el caso – al igual que el García de la foto – aún no está enterrado. La mera interpelación a Vandor presupone que el sindicalista sabe algo que aún no ha dicho a la justicia – y que por lo tanto, es al menos encubridor del crimen.

El cuerpo principal de la nota amplía la imputación que se le formula al Blanco: bajo el subtítulo “Cita útil” se transcriben las declaraciones del herido Juan Zalazar, que ya en el hospital declaró haber oído que alguien decía “no tire, Vandor”. La declaración – tomada del expediente judicial- tiene un gran valor argumentativo, ya que impacta profundamente en el *pathos* de los militantes obreros. El lector ya sabe que Zalazar ha muerto y traer sus declaraciones a colación equivale a reforzar la acusación en términos metafísicos: al momento de la polémica, Vandor no sólo es acusado por los vivos, sino también por los muertos.

El cuerpo de la nota amplía el carácter del daño: no se trata sólo de la muerte de García, sino también de la de Domingo Blajaquis y Juan Zalazar “asesinados en sus asientos sin que atinaran a hacer un gesto”(Walsh: 1968a:2). Imputa además otro daño, de carácter distinto: la difamación y persecución política de los militantes de base sobrevivientes, que estaban desarmados pero fueron señalados como culpables de los crímenes: “Las víctimas fueron presentadas como agresores. Hombres desarmados pasaron por asesinos. Los asesinos se transformaron en fiscales” (Walsh: 1968a: 2). Walsh exige, desde la primera nota, una reparación del daño que expresa en términos muy concretos, que implican una negociación. El periodista ha implicado a Vandor como autor del crimen por medio de las declaraciones de testigos “no menos de veinte personas lo habían visto...

disparando su pistola 45 sobre un tumulto de amigos y enemigos que él dominaba” pero a la hora de exigirle una enmienda de los daños deja en claro que “no es necesario siquiera que admita todos los cargos, o que acuse a nadie, ni a sí mismo” (Walsh: 1968a: 2). Lo que le exige es una declaración que afirme cuatro puntos fundamentales: los militantes del grupo enfrentado con el grupo vandorista estaban desarmados y no efectuaron disparos, todos los disparos procedieron del grupo de Vandor, Zalazar y Blajaquis fueron asesinados en sus asientos sin que llegaran a reaccionar y Rosendo García fue muerto por la espalda por un disparo que partió del grupo vandorista. Los cuatro puntos pueden resumirse en uno: “Los militantes de base acusados son inocentes”. La reparación exigida prioriza ante todo la situación actual de los obreros perseguidos y la restauración del buen nombre de los muertos. Walsh traza asimismo un límite de los objetivos que le competen a la polémica: “Bastará con que reconozca públicamente los cuatro primeros puntos que son los que dañan públicamente la memoria de Zalazar y Blajaquis y ensombrecen hasta hoy la vida de los hermanos Villaflor, de Alonso y de Granato. **Lo demás es problema de los jueces**” (Walsh: 1968a: 2. El subrayado es nuestro).

La primera nota deja asimismo en claro la toma de postura de Walsh en relación a su interlocutor:

“El hombre al que van dirigidas estas palabras no es mi enemigo personal. No lo conozco ni me conoce. Parece superfluo explicar desde estas páginas el juicio que su actual posición merece: no creo que le interese ese juicio.

Es difícil olvidar sin embargo lo que este hombre representó en un momento crucial de las luchas obreras en la Argentina. Creo que no puedo dirigirme a él en los términos en que me he dirigido a Fernández Suárez o a Quaranta, aunque lo considere complicado en hechos que tienen alguna semejanza con los que ellos cometieron. En homenaje al Vandor del '56, del '59, voy a formular las reglas del juego, en lo que a mí atañe” (Walsh: 1968a:2)

La postura de Walsh puede definirse como un pacto de caballeros, en el que se ponen de manifiesto la referencia compartida (la lucha de la Resistencia) y la referencia en disputa (el carácter que debía asumir la praxis política del momento). Al dejar en claro las reglas del juego, el enunciador asume una posición honorable que resulta funcional a la construcción del propio *ethos*, por contraposición al *ethos* del adversario: el que avisa no es traidor. Y traidor es, justamente, la injuria que se dirige al adversario. Se impone ahora una pregunta: ¿traidor a quién?

En la primera de las notas, Walsh formula la acusación de manera indirecta: duda de la lealtad de Vandor a Perón. Luego de las elecciones del '66 – en las que Vandor se postuló en Mendoza en contra del candidato peronista – el hecho de que Vandor era partidario de un “peronismo sin Perón”

ya no era un secreto para nadie. Sin embargo, Walsh se permite hipotetizar que Vandor planeaba traicionar al líder desde mucho antes de llevar a cabo acción alguna, incluso cuando parecía defender con más bríos la lucha de la Resistencia: “Es posible que en su fuero interno Vandor se haya sentido enfrentado con Perón desde mucho antes de 1965, y acaso antes de 1959 cuando la huelga de los metalúrgicos escribió una memorable página de lucha”.(Walsh: 1968a:2). Esta hipótesis introduce la duda acerca del pasado honorable que se le reconoce a Vandor: los hechos del ’57 y ’59 se ven ensombrecidos por la sospecha de la traición larvada.

En la tercera nota aparece por primera vez la palabra “traidores” para calificar a Vandor y su séquito. El autor no injuria a título personal: la palabra aparece en boca de los militantes, primero de manera hipotética y luego como certeza. “Es posible que al verlos entrar la palabra ‘traidores’ haya circulado – como se dijo – por las mesas donde Domingo Blajaquis y los hermanos Villafior consumían su muzzarella y tomaban su moscato” (Walsh: 1968c: 6). En la nota 4, Walsh afirma que uno de los militantes de base efectivamente acusó de traidores a los vandoristas: “Peronistas somos nosotros, pero ustedes son una manga de traidores al movimiento y no sólo al movimiento obrero, ustedes son unos entreguistas, son capaces de entregar a la madre” (Walsh: 1968d: 6). El alcance de la traición se amplía: el vandorismo no sólo traicionó a Perón, sino al movimiento obrero. Lleva la traición inscripta en su ser, ya que no respeta ni siquiera las lealtades más fundamentales – que son aquellas que impone la filiación. Lo que está en juego en la polémica se explicita por primera vez en las palabras de este militante de base: la identidad peronista. En la nota 7, la acusación de traición reaparece nuevamente en boca de Juan Zalazar: “Porque para ser peronista hay que estar con Perón y si no se es peronista se es traidor al movimiento” (Walsh: 1968g: 6). La defección de Vandor – se acuerdo con el criterio de Juan Zalazar- quedó en evidencia cuando éste se postuló contra un candidato respaldado por Perón.

Walsh recurre a las citas directas de los militantes de base para enunciar aquello que está en juego en la polémica: la identidad peronista. La disputa identitaria excede el marco de la polémica de Walsh y atraviesa a todo el movimiento peronista. Coincidimos con el politólogo Darío Dawyd cuando afirma que el estudio de la división de la CGT “permite reconstruir cómo las diferencias sindicales coexistentes durante los sesenta, se mostraron irreconciliables y consagraron la primera división de la central entre sectores peronistas que ya no volverían a estar juntos, ni ante el llamado del propio Perón” (Dawyd: 2010: 1). Un claro indicio de este fenómeno lo constituye el hecho de que el *Mensaje a los trabajadores y al pueblo*– al que consideramos el documento fundador de la central combativa – se inicie con una proclama identitaria:

“Nosotros, representantes de la CGT de los Argentinos, legalmente constituida en el congreso normalizador Amado Olmos, en este Primero de Mayo nos dirigimos al pueblo.

Los invitamos a que nos acompañen en un examen de conciencia, una empresa común y un homenaje a los forjadores, a los héroes y los mártires de la clase trabajadora.

En todos los países del mundo ellos han señalado el camino de la liberación. Fueron masacrados en oscuros calabozos como Felipe Vallese, cayeron asesinados en los ingenios tucumanos, como Hilda Guerrero. Padecen todavía en injustas cárceles.

En esas luchas y en esos muertos reconocemos nuestro fundamento, nuestro patrimonio, la tierra que pisamos, la voz con que queremos hablar, los actos que debemos hacer: esa gran revolución incumplida y traicionada pero viva en el corazón de los argentinos”

Dos tópicos claves de la polémica que nos ocupan – el de la traición y el de los muertos– estaban ya enunciados en los párrafos iniciales del *Mensaje*.

Polifonía y autoridad del portavoz

Hemos dicho que el texto recurre a la cita directa de los militantes de base para establecer puntos fundamentales de la polémica: el autor del daño, la acusación de traición y la definición de la identidad peronista. Pero la polifonía también aparece en coenunciaciones en las que el locutor hace suyos los conceptos de los militantes de base. Un ejemplo de estos últimos modos son las injurias que aparecen en la nota 3. Allí leemos el testimonio de Rolando Villaflor: “Yo dividía el mundo en turros, giles y yuta”.(Walsh: 1968c: 6). Previamente, el autor dice que Rolando Villaflor, que ha abandonado la delincuencia y se ha sumado al grupo de Blajaquis, pertenece al bando “de los que algunos llaman la gente honrada y otros los giles”(Walsh: 1968c: 6). Más tarde, Walsh describe la mesa vadorista diciendo que en ella “cabían juntas las otras dos divisiones del mundo”(Walsh: 1968c: 6) – vale decir, los turros y la yuta. Walsh ha injuriado al grupo vadorista, pero lo ha hecho valiéndose de categorías que no le son propias, sino que pertenecen a Rolando Villaflor. “Turros” y “yuta” son injurias que expresan la opinión no sólo de Walsh, sino también de una de las víctimas del daño.

A lo largo de las notas puede relevarse la presencia de una estrategia retórica que consideramos relevante. Hablamos del skaz, una estrategia narrativa que se caracteriza por una transcripción de la oralidad que respeta las imprecisiones y los giros del habla de personajes que reemplazan al autor en la incorporación al relato de contenidos ideológicos. Así lo define MIjail Bajtín: “Nos parece que, en la mayoría de los casos, el relato oral se introduce precisamente para representar una voz

ajena, socialmente determinada, que aporta una serie de puntos de vista y valoraciones que el autor está buscando. Se introduce propiamente el narrador que no es literato y que las más de las veces pertenece a los estratos socialmente bajos, al pueblo (que es lo que le interesa al autor), aportando su habla” (Bajtín: 1986: 279-280). Consideramos que esta incorporación de valoraciones y puntos de vista de los militantes obreros no puede desligarse de la necesidad de consolidar la autoridad del portavoz. El mismo texto traza un límite a las funciones que le competen: en algunos temas concretos el portavoz debe ceder la palabra a sus representados. Nos referimos, en concreto, a la memoria de los muertos. Las semblanzas de Juan Zalazar y Domingo Blajaquis concluyen con las palabras escritas por Raimundo Villaflor en un periódico de Gerli. (Walsh: 1968g: 6). Leemos aquí una toma de distancia por parte del portavoz: Raimundo Villaflor y Domingo Blajaquis son compañeros de un modo distinto del que son compañeros el portavoz y sus representados. La semblanza de Juan Zalazar es aún más clara al respecto: “Sea una vez más su hermano Raimundo Villaflor quien lo despide” (Walsh: 1968g: 6). La clase social funda un vínculo entre los militantes obreros del cual no participa el portavoz. El autor es un compañero de lucha de los muertos, el obrero es un hermano.

Desarrollo y radicalización de la polémica: de la reparación del daño a la eliminación simbólica.

Lo primero que podemos destacar es que el daño es reformulado a lo largo de las notas. Walsh comienza caracterizándolo de un modo vago, mencionando las muertes de Blajaquis, Zalazar y Rosendo pero sin mencionar ninguna conceptualización que las englobe y califique. En la nota 3 el daño se conceptualiza como “triple homicidio impune” y en la nota cuatro se resemantiza de un modo que refuta la carátula judicial: “No fue un triple homicidio en riña, como reza hasta ahora la carátula judicial del crimen, sino un triple homicidio en banda” (Walsh: 1968d: 6).

En la nota 3 se modifican, de modo recíproco, las exigencias de reparación y la postura del enunciator. Walsh amplía las exigencias de reparación del daño. Ya no se conforma con que Vandor haga “lo que no ha hecho hasta ahora, que es decir la verdad”: ahora insta a declarar a los vandoristas presentes en el tiroteo que no fueron procesados judicialmente “Se les ofrece la misma oportunidad que se le ofreció a Vandor de declarar ante el juez Llobet Fortuny o en el Semanario CGT lo que de todas maneras va a publicarse aquí”.(Walsh: 1968c: 6). El Semanario CGT se constituye en una instancia paralela a los tribunales: Walsh exige a los implicados que declaren ante alguno de los dos, de manera indistinta. A fin de lograrlo apuesta por una intimidación que tiene por resultado la asunción de una postura de fiscal: “Ustedes eligen su papel ante la justicia y la opinión pública. O testigos o acusados”(Walsh: 1968c: 6). Persiste una voluntad de negociación capaz de

hacer concesiones a los miembros del grupo vandorista (“Me consta que por lo menos cuatro de esos hombres no hicieron fuego. Su papel es el de simples testigos”)(Walsh: 1968c: 6) y una retórica caballeresca que presenta la intimación como un ofrecimiento.

La postura de fiscal continúa en las notas siguientes. En la nota 4, Walsh focaliza su intimidación: insta a uno de los ausentes – al que identifica con sus iniciales- a prestar declaración en los tribunales o en el semanario. Ofrece asimismo una negociación al decirle que “hasta ahora nadie dice que tiró”. Walsh podría reservarse el dato que perjudica a J.P si su testimonio sirviera para incriminar a Vandor. El ofrecimiento de negociación se acompaña de una exhortación de orden moral al pathos del destinatario: “...usted era muy amigo de Rosendo. Usted sabe cómo lo mataron a Rosendo y quiénes lo mataron. Usted se calló demasiado tiempo. Ahora tiene una semana (...) Una semana para consultar con su conciencia...” (Walsh: 1968d: 6). La intimación a J. P. concluye con un golpe retórico de gran efecto: Walsh revela el apodo por el que se conoce al acusado (Josecito). A lo largo de las notas, Walsh revela paulatinamente los nombres de los acusados. Esta estrategia le permite, por un lado, llevar a cabo la intimidación de la que ya hemos hablado, y también dosificar la información a fin de crear una intriga que comprometa al lector a seguir el caso a lo largo de todas las notas (una estrategia típica de las novelas por entregas). En la misma nota en que publica la exhortación a J.P, podemos observar un croquis en el que figuran la posición que ocupaban cada uno de los involucrados en el tiroteo y la trayectoria seguida por J.P para golpear a Raimundo Villaflor. Walsh focaliza el daño - “el primer insulto, el primer movimiento y el primer disparo – así como todos los que siguieron – corresponden al grupo vandorista (Walsh: 1968d: 6) - y advierte que los datos clave se revelará “por etapas”: “En el próximo número publicaremos las iniciales de este tirador (...) Las restantes iniciales en el grupo vandorista corresponden a Barreiro y a los ‘desconocidos’ cuya identidad iremos revelando escalonadamente” (Walsh: 1968d: 6).Recién en la nota 6 el lector que ha seguido la serie llega a conocer la identidad de todos los involucrados en el tiroteo.El incidente también se cuenta de manera escalonada, con salto hacia adelante y atrás en la línea de tiempo. El relato comienza con el entierro de las víctimas, continúa con la situación en que el caso se encuentra al momento en que Walsh escribe las notas y de allí retrocede a la noche del 13 de mayo de 1966, en un vaivén que se reitera a lo largo de las notas.

La postura de fiscal se refuerza en la nota siguiente: Walsh formula su primera acusación directa al revelar el nombre de J.P. Llama poderosamente la atención el margen de incertidumbre que comporta la denuncia: Walsh no puede asegurar con certeza que Petraca sacó el arma para disparar. Las consecuencias de esta incerteza distan de ser menores. El tono conjetural acerca de algunos hechos está presente a lo largo de casi todo el relato. Anteriormente, en la nota 4, Walsh ha dicho: “De esa tensión surge un episodio difícil de confirmar. Vandor habría sacado una pistola de su

cintura y la habría puesto en sus rodillas” (Walsh: 1968d: 6). La nota 6 admite que algunos interrogantes – como el autor del disparo que dejó lisiado a Nicolás Gerardi- aún no tienen respuesta. En la misma nota Walsh admite incluso que aunque cuenta con indicios sumamente significativos, no puede probar plenamente que Vandor mató a su lugarteniente: “Admitiendo que esto no baste aún para acusar a Vandor como autor directo de la muerte de Rosendo García, alcanza a definir el tamaño de la duda que desde el principio existió sobre él” (Walsh: 1968f: 5). La acusación personal a Vandor por el crimen de Rosendo permanece conjetural. En la nota 7, Walsh escribe al pie del croquis: “El disparo 4 u otro con la misma trayectoria mató a Rosendo. Su autor más probable es Vandor” (Walsh: 1968g: 6). La acusación de haber falsificado las pruebas del crimen se realiza por asociación, atribuyendo la responsabilidad de algunos agentes a las órdenes dadas por Vandor: “Si la ropa fue manipulada, es evidente que el responsable es el doctor Fernando Torres, que es como decir la UOM, que es como decir Augusto Timoteo Vandor” (Walsh: 1968f: 5).

En la nota 7 – última de la serie de 1968 – se reformula el blanco del discurso polémico. La imputación del daño se amplía al gobierno y al sistema judicial: “No se trata, por supuesto, que el sistema, el gobierno, la justicia sean impotentes para esclarecer este triple homicidio. Es que son cómplices de este triple homicidio, es que son encubridores de los asesinos” (Walsh: 1968g: 6). El blanco se redefine nuevamente en la nota *¿Qué es el vandorismo?*, aparecida un año después, que funciona como el epílogo de la serie publicada en 1968: “Sus ejecutores materiales formaban parte del séquito del vandorismo. Pero sus asesinos verdaderos son los que se ocultan detrás de Vandor: la oligarquía y el imperialismo”. (Walsh: 1969: 3).

Dominique Garand afirma que en la mayoría de los casos la injuria funda su legitimidad en la respuesta a una violencia sufrida. En la nota 7, Walsh explicita la violencia que legitima la acusación de traidor: “el vandorismo ha hecho más que cualquier otro factor aislado para quebrar la resistencia del movimiento obrero y entregarlo atado de pies y manos al gobierno de los monopolios” (Walsh: 1968g: 6). La referencia que el Enunciador comparte con Vandor (la lucha librada en los años ’50) se resemantiza hasta adquirir un signo opuesto al anterior: si en la primera nota imponía cierto respeto y consideraciones en el trato, ahora la misma acrecienta la rivalidad, ya que se la considera como el capital simbólico que agiganta la magnitud de la traición: “Esto fue posible porque efectivamente Vandor y muchos otros de los hombres que lo rodean habían luchado en su momento y al defecionar provocaron en los trabajadores esa tremenda quiebra de confianza (...) La traición de un líder es más difícil de superar que la oposición de un enemigo abierto. Por eso pudo decir con legítimo derecho uno de los sobrevivientes de la matanza de La Real: ‘Vandor

es peor que los patrones” (Walsh: 1968g: 6). Una vez más, una de las tesis fundamentales de la polémica walshiana es enunciada mediante el testimonio de un militante de base.

La nota que consideramos como epílogo de la serie (“¿Qué es el vandorismo?”) se publica un año después, el 22 de mayo de 1969. La fecha resulta muy significativa: exactamente una semana después estallarían el Cordobazo. Para entonces, a Walsh ya no le interesa dirigirse a Vandor: el cuerpo principal de la nota – que reproduce el primer capítulo del libro *¿Quién mató a Rosendo?*, que recoge y reformula la polémica – sólo se dirige a Vandor como objeto del cual se habla. La palabra del dirigente sindical – al que al principio se instaba a declarar – ya ha perdido cualquier tipo de relevancia. Esto se relaciona con un hecho que consideramos central: el proceso de creciente radicalización política ha modificado las exigencias de reparación por la muerte de Blajaquis y Zalazar: “El pueblo del que formaron parte, al que honraron con su vida y con su muerte, sabe que el mejor homenaje que puede rendirse a su memoria es proseguir la lucha iniciada, hasta que no quede ni un solo traidor en la conducción del movimiento obrero” (Walsh: 1969: 3). Esta mutación en el estatuto del adversario es a nuestro juicio uno de los cambios fundamentales a los que ha dado lugar el desarrollo de la polémica: Vandor ha devenido – en términos de Dominique Garand – el Anti-Sujeto, vale decir, el Enemigo al que se busca erradicar.

La respuesta (tardía) del blanco

Hemos visto cómo a lo largo de la polémica Walsh abandona la interpelación a Vandor y su grupo. A pesar de ello, la falta de respuesta por parte del blanco era interpretada como una ausencia de repercusiones: “No tuve amenazas, nadie dijo nada de los artículos publicados en la CGT de los Argentinos y tampoco me ha citado a declarar el juez que entiende en la causa”. La relación entre el enunciador y el blanco es fundamental a la hora de explicar las razones de este silencio. Garand deja en claro que el blanco puede llamarse a silencio si ocupa una posición jerárquica en el espacio discursivo como un modo de negar tanto la legitimidad del enunciador como el daño imputado: “La injuria que surte efecto es aquella que el otro no puede ignorar. Para que esto suceda, es necesario que ella constituya una amenaza real para el injuriado” (Garand: 2007: 17). La posición hegemónica de la CGT Azopardo en el movimiento sindical argentino era fundamental a la hora de establecer el interés diferencial que cada uno de los miembros tenía en la polémica. El silencio tenía asimismo otra razón, que consideramos fundamental: responder a la denuncia de Walsh era reconocer la existencia de la CGT de los Argentinos. Así explica Dawyd las razones del silencio: “Cualquier otra respuesta, en la época de aquellas primeras notas en el semanario hubiera significado para el vandorismo admitir otro sector del peronismo que lo criticaba, admitir otra CGT que investigaba y tenía un semanario, admitir que no eran los únicos peronistas en sindicatos” (Dawyd: 2012: 97).

El vandomismo respondió tardíamente y sólo cuando la polémica llegó a los medios masivos de comunicación. El 8 de mayo de 1969 la CGTA convocó a una conferencia de prensa en la que se habló acerca de la denuncia, que acababa de ser publicada en forma de libro por la editorial Tiempo Contemporáneo. Walsh estaba acompañado por los dirigentes Raimundo Ongaro y Ricardo de Luca. Este último, al ser interrogado acerca de los móviles del triple homicidio, reiteró las injurias con que Walsh ya había calificado a los vandomistas: “Por eso está esta CGT, compañero... Porque el sindicalismo argentino estaba en manos de gansters. Vandom a la cabeza traicionó a todo el mundo. Aquí está la denuncia” (Dawyd: 2012: 96). El dirigente injuria en términos análogos a los de Walsh: traidores y delincuentes (de Luca los califica de gánsters, Walsh usa la palabra “bandidos”). La injuria, reproducida por los medios de comunicación masiva, ya no podía ser ignorada. Resulta significativo que Vandom no respondiera a título personal. Fue Miguel Gazzera quien lo hizo como portavoz de las 62 Organizaciones. Su respuesta consistió en un contraataque, que no se centró en la investigación, sino en la conferencia de prensa que masificó a la denuncia:

“bajo el lema de ‘somos los únicos decentes’, el viernes último se inauguró públicamente el más repudiable certamen de delación pública”[...] “la conocida sede social de Paseo Colón –que ha terminado por convertirse en el comité central de la Unión Democrática de los Argentinos- fue escenario del relato de un episodio digno de la ciencia-ficción, en el cual se pretendió demostrar cómo es posible que los secretarios generales eliminen a los secretarios adjuntos por la espalda y delante de una platea opositora” [...] “En la historia de la lucha social está señalada la conducta de los ideólogos impotentes que intentan dirigirse en vanguardia” (Dawyd: 2012: 96-97).

La respuesta de Gazzera resulta interesante porque en ella se verifican refutaciones y correcciones importantes. La primera de ellas es la calificación que Walsh hace de su investigación – según el autor, se trata de una denuncia. Gazzera refuta y corrige: la investigación es una “delación”. El comunicado de Gazzera invierte los roles entre el enunciador y el blanco: Walsh es ahora el blanco al que se le imputa un daño – la supuesta “delación- de la que resultan víctimas los vandomistas. La otra corrección afecta a la identidad de los militantes del grupo de Blajaquis, que son calificados de “platea opositora”. Finalmente, constatamos una disputa relevante acerca de la identidad de ambas centrales sindicales. Gazzera acusa a la CGT de los Argentinos de haberse convertido en el comité central de la Unión Democrática. Esta resemantización identitaria se sustenta en dos argumentos fundamentales. El primero de ellos es el carácter frentista de la central combativa. El segundo de los argumentos es una presuposición que estaba en el centro de la disputa: Si la CGTA es la “Unión Democrática de los Argentinos” su enemigo, la CGT Azopardo, es Perón. Atacar polémicamente a Vandom equivale a atacar políticamente a Perón. La presuposición de Gazzera homologa ambas figuras. La conclusión implícita es “Vandom es Perón”.

La segunda de las respuestas partió de uno de los involucrados en el tiroteo que participó de la investigación de Walsh como informante y que posteriormente negó haber hecho declaraciones. La desmentida de Norberto Imbelloni tiene la particularidad de autoimpugnarse al momento mismo de su enunciación: al declarar que nunca había visto al periodista “Horacio” Walsh, Imbelloni anulaba su propia desmentida, puesto que el periodista que firmaba la denuncia era Rodolfo Walsh. (El tiempo demostró que en este caso se verificaban los postulados del psicoanálisis: muchos años después Imbelloni reconoció haber mentido cuando negó haber dado el reportaje).

Walsh sólo le respondió a Gazzera. El primer objeto de la polémica es la resemantización de la investigación: Walsh refuta el término “delación”, vuelve a calificar a las notas como una denuncia, e imputa un nuevo daño a los vandoristas – que consta en el expediente judicial- : haber revelado la identidad de Francisco Alonso a los jueces. Esta es la estrategia de Walsh para invertir la dirección de la injuria: delatores son los vandoristas – y los mismos documentos oficiales lo comprueban. Finalmente, hay una refutación y corrección del modo en que Gazzera califica la identidad del grupo de Blajaquis. Walsh le respondió a Gazzera que si quería defenderse “dentro de los límites de una elemental decencia” no debería “calificar de platea opositora a un grupo de obreros desarmados que el 13 de mayo de 1966 dejó dos muertos sobre el piso de La Real” (La Razón: 1969: 10). Walsh refuta y corrige la clasificación de las víctimas hecha por Gazzera, para reafirmar lo que dijo en las notas: los militantes antiburocráticos son las verdaderas víctimas del daño.

Algunas consideraciones en relación al Tercero

En las notas, Walsh menciona explícitamente dos instancias que podrían considerarse como arbitros de esta disputa. La primera de ellas es el sistema judicial, del cual descreo: “El sistema no castiga a sus hombres, los premia (...) Y Augusto Vandor es un hombre del sistema” (Walsh: 1968g: 6). La justicia y la reparación no vendrán de los tribunales. En la nota 7, Walsh deja en claro quién el tercero que está llamado a ser juez de la polémica: se trata de la clase obrera en su conjunto, y una parte de ella ya ha dado su veredicto: “... me dirigí a los lectores de más abajo, a los más desconocidos. Aquello no se olvidó, y esto tampoco se olvidará. En las paredes de Avellaneda, de Lanús, de Gerli, ha empezado a aparecer un nombre que hace mucho tiempo que no aparecía. Sólo que ahora va acompañado de la palabra ‘Asesino’” (Walsh 1968g: 6).

Consideramos que esta polémica también procura el favor de un tercero “fantasmal”, al que no menciona como juez pero cuyo peso a la hora de zanjar las cuestiones fundamentales de la política argentina no se puede pasar por alto. Se trata, por supuesto, de Juan Domingo Perón. En la primera de las notas, Walsh alude a su rol como árbitro en una disputa que no es la que en ese momento le concierne. No volverá a mencionarlo a lo largo de la serie, pero consideramos que la polémica

entablada con Vandor jugó un rol de importancia en la lucha para mantener el favor de Perón. Creemos que este Tercero no puede declararse abiertamente debido al carácter frentista de la central sindical. Al respecto, nos parece particularmente significativo que el Semanario CGT no publicara las dos cartas –fechadas en abril y junio de 1968- en las que Perón deja asentado su apoyo a Raimundo Ongaro. Coincidimos con Dawyd cuando afirma que su publicación en “hubiera implicado una suerte de peronización de la central que en sus comienzos buscó mantenerse plural respecto de las posturas políticas que la integraban” (Dawyd: 2010: 12).

El diario personal de Walsh testimonia la decepción con el fallo final de este Tercero: “Recuerdo a R. – Nosotros les decíamos traidores a ellos, a los Matera, los Vandor, los Remorino. Pero los traidores éramos nosotros. Porque Perón siempre los apoyó a ellos” (Walsh: 1996: 142). El análisis de este último punto merece sin duda un largo trabajo aparte.

Conclusiones

Nuestro análisis de la polémica nos permite constatar la presencia de un fenómeno análogo al relevado por Marc Angenot en su trabajo sobre los socialistas franceses en tiempos de la Segunda Internacional: “Los conflictos violentos y amargos que los oponen permanentemente a las otras ‘líneas’ conllevaban desafíos simbólicos en los cuales lo principal era la hegemonía misma a ejercer en el movimiento entero y la legítima propiedad de las palabras” (Angenot: 2007: 204). Nuestra hipótesis – cuya demostración excede el marco de este trabajo- es que las características del campo discursivo peronista son indisociables del cesarismo del movimiento. La creciente radicalización política de las distintas tendencias terminaría por plantear en el terreno de los hechos aquello que Angenot circunscribió al campo discursivo: “En esta cultura de partido, no hay adversarios con lo que se deba discutir sino, en el propio ‘campo’, enemigos a abatir” (Angenot: 2007: 2009).

Bibliografía

Angenot, Marc. (2007) “Les socialistes français aux temps de la deuxième internationale: petite typologie des injures militantes” en Larochelle, M-H (dir.) *Invectives et violences dans le discours littéraire* (Quebec: Presses de la Université Laval).

Arrosagaray, Enrique (2006) *Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero*. (Bs. As: Catálogos)

Bajtín, Mijail. 2005 (1986) *Problemas de la poética de Dostoievski*(México DF: FCE)

Dawyd, Darío 2012 “Del semanario al libro. La escritura del Rosendo de Rodolfo Walsh como construcción del vandorismo en la Argentina del peronismo fracturado” en *Trabajo y Sociedad*, n° 18, vol. XV (Bs. As)

Dawyd, Darío 2010 “Sindicatos y política en Argentina, 1968-1970. De la división a la fractura del peronismo” [on line] Disponible en <http://redesperonismo.com.ar/archivos/CD2/Dawyd.pdf>

Garand, Dominique (2007) “La fonction de l’ ethos dans la formations du discours conflictuel” en en Larochelle, M-H (dir.) *Invectives et violences dans le discours littéraire*. (Quebec: Presses de la Université Laval)

Garand, Dominique. y Hayward, Annette. (1998). *États du polemique*(Canadá: Éditions Nota Bene)
“Narrativa argentina y país real”. La Opinión Cultural (Bs. As.) 11/06/72,

Walsh, Rodolfo (1996) *Ese hombre y otros papeles personales*. (Bs. As.:Seix Barral)

Walsh, Rodolfo (1968a) “¿Quién mató a Rosendo? Primera nota” en *Semanario CGT*, año 1, n° 3

Walsh, Rodolfo (1968b) “¿Quién mató a Rosendo? Segunda nota” en *Semanario CGT*, año 1, n° 4

Walsh, Rodolfo (1968c) “¿Quién mató a Rosendo? Tercera nota” en *Semanario CGT*, año 1, n° 5

Walsh, Rodolfo (1968d) “¿Quién mató a Rosendo? Cuarta nota” en *Semanario CGT*, año 1, n° 6

Walsh, Rodolfo (1968e) “¿Quién mató a Rosendo? Quinta nota” en *Semanario CGT*, año 1, n° 7

Walsh, Rodolfo (1968f) “¿Quién mató a Rosendo? Sexta nota” en *Semanario CGT*, año 1, n° 8

Walsh, Rodolfo (1968g) “¿Quién mató a Rosendo? Última nota” en *Semanario CGT*, año 1, n° 9

Walsh, Rodolfo (1969) “¿Qué es el vandorismo?” en *Semanario CGT*, año 2, n° 45